

R 10016

Academia de la Historia de Cuba

HISTORIA DE LA ISLA Y CATEDRAL DE CUBA

ESCRITA

POR

EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON

PEDRO AGUSTÍN MORELL DE SANTA CRUZ

OBISPO DE ELLA

CON UN PREFACIO

DE

FRANCISCO DE PAULA CORONADO

ACADÉMICO DE NÚMERO



LA HABANA

IMPRENTA "CUBA INTELECTUAL"

CALLE DE CUBA NUM. 5

MCMXXIX

ESPEJO DE PACIENCIA

DONDE SE CUENTA LA PRISION QUE EL CAPITAN GILBERTO GIRON HIZO DE LA PERSONA DEL ILUSTRISIMO SEÑOR Dⁿ. PRAY JUAN DE LAS CABEZAS ALTAMIRANO, OBISPO DE LA ISLA DE CUBA, EN EL PUERTO DE MANZANILLO, AÑO DE MIL SEISCIENTOS Y CUATRO.

Dirigido al mismo Señor Obispo
por

SILVESTRE DE BALBOA TROYA Y QUESADA,

NATURAL DE LA ISLA DE GRAN CANARIA; VECINO DE LA VILLA DEL PUERTO DEL PRINCIPE

Al Lector.

Amigo y curioso lector. No te pido que encubras mis faltas, que bien se que por mucho que te lo ruegue no lo has de hacer: ni tampoco te pido

que loes lo que fuere de tu gusto, que sería necedad mia pensar que la rudeza de mi ingenio lo puede dar á nadie. Lo que te suplico es que no te arrojes luego a condenar por malo lo que por ventura ignoras: déjalo al tiempo que haga su oficio que en el discurso de él quedarás desengañado.

Movióme a escribir la prision de este santo Obispo la paciencia con que la sufrió; y por eso le puse el título que tiene, obligado de su ejemplar vida, buenas prendas y clarísima sangre. Pues juntamente la milagrosa victoria que el Capitan Gregorio Ramos alcanzó del Capitan Gilberto Giron en el Puerto de Manzanillo; así por ser lo uno dependiente de lo otro, como porque pareciese algo este librito. Pingí, imitando á Horacio, que los dioses marinerios vinieron á la nave de Gilberto á favorecer al Obispo, para que entiendan los temerosos que se hacen á sus unjidos, y que ellos, imitando á su maestro, Cristo, aunque se puedan vengar no lo hacen, ántes si ruegan á Dios por sus enemigos. Asimismo escribo la alegría y contento que recibió toda la isla con su venida y libertad, y el júbilo con que le salieron á recibir, no solo los vecinos del Bayamo, sino tambien las ninfas de los montes, fuentes y ríos, para que se note la falta que hace un bueno en una república, y el contento y alegría que muestran en su venida no solo los hombres racionales, pero hasta los animales brutos y cosas insensibles. Dirijo esta al mismo Obispo porque viese sus trabajos escritos; que nadie los siente tanto como el que los pasa.—Esto es lo que contiene este librito: eso ofrezco. Dios ponga tien-to en tu lengua.

A el Itmo. Sor. Don Fray Juan de las Cabezas Altamirano, Obispo de esta Isla de Cuba, Jamaica y la Florida del Consejo de su Magestad. Silvestre de Balboa Troya y Quesada.

CARTA DEDICATORIA

Acuérdome, Príncipe Itmo. que partiéndose V. S. de esta villa para la del Bayamo, me dió unas justas quejas, casi reprendiéndose del descuido de no haberlo mostrado alguna cosa de esta pequeña gracia que Dios me comunicó; y como las palabras de los príncipes son tan poderosas, se imprimieron en mi de manera que atropellando todas las dificultades que la rudeza de mi ingenio con justa razon me ofrecía, tomé la pluma y escribí la triste y lamentable prision de V. S., tan sentida y llorada de toda esta isla. No hago mencion en ella de las loables costumbres y santa vida de V. S. Itma. ni de los heróicos hechos y memorables hazañas de su antiquísima casa, tan adornada y enriquecida de tantos rocles y cabezas de tureos, porque sería proceder á largos discursos: baste que el mundo este rico de sus trofeos y las historias llenas de sus victorias, y toda esta Isla rica y regocijada en tener por su obispo un príncipe tan cristianísimo cuya santa vida Dios guarde por largos y felices años con los acrecentamientos que V. S. merece y sus súbditos le deseamos.

Puerto del Principe, Julio 30 de 1.608 años.

Del capitán Pedro de las Torres Sifontes, vecino de esta villa.

SONETO

I habeis echado el sello á nuestra ciencia
Con tan sublime obra buen Silvano,
Diciendo del ilustre Altamirano
El valor, Cristiandad y la paciencia

Infalible verdad fue la pendencia
Que Ramos tuvo con el Luterano;
Vengó al Pastor la poderosa mano,
Dándonos a entender su omnipotencia

Que al humilde levanta y le da loa,
Y al soberbio arrogante echa por tierra;
Estilo del Señor muy ordinario.

Recibo de mi mano, buen Balboa,
Este soneto criollo de la tierra,
En señal de que soy tu tributario.

Del Alferez Cristóbal de la Coba Machicao Regidor de esta villa

SONETO

Tan alto vuelas, pájaro canario,
Que se pierde de vista ya tu vuelo,
Cual águila caudal que sube al cielo
A buscar su remedio en su contrario.

Tú que con nuevo estilo extraordinario
Tu fama extiendes por el ancho suelo,
Cantando la prision y desconsuelo
Del divino pastor santo vicario;

Baja del alto alcázar de Elicoma
Donde tu claro ingenio te ha subido,
A esta fragilidad nuestra ordinaria:

Y ceñirán tus sienes la corona
Del lauro bello sin razon cojido,
Que te ofrece tu madre Gran Canaria.

De Bartolomé Sanchez Alcalde ordinario de esta villa.

SONETO

Los que con gracia quieren ver y aviso
Un Silvestre galán y cortesano,

Vengan a Puerto Principe cristiano
Y gozarán de un nuevo paraiso.

De nuestro frágil vidrio quebradizo
Verá un ejemplo raro y soberano
En la prision del buen Altamirano,
A quien con ella Dios regalar quiso.

Gracias al buen Silvestre de Balboa,
Que por tan dulce estilo mas declara
De aqueste santo Obispo la paciencia

Bien merece desde hoy eterna loa,
Y el generoso obispo de la tiara
Que tiene el mundo de mayor potencia.

De Juan Rodríguez de Cifuentes, Regidor de esta villa.

SONETO

Las siete fortunadas islas bellas
Donde Marte y Amor tiene su asiento,
Salen surcando el liquido elemento,
Acompañadas de dos mil estrellas:

Y de aquel ámbar-gris que en todas ellas
Cría el divino autor del firmamento,
Llega el suave olor que lleva el viento,
Por donde se conoce que son ellas.

Llegan á donde vive el que las loa;
Y como á hijo dulce y regalado
Le puso cada cual su laureola:

Y así quedó Silvestre de Balboa
De estas siete diademas coronado,
Todas ganadas por su virtud sola.

De Alonso Hernandez, el viejo Natural de Canarias.

SONETO

Hermosas ninfas que en la fértil Moya,
Donde Flora le dió nombre á su estancia,
Gozais de la frescura y la fragancia
Que á tan discretos ánimos apoya;

Aquí donde el amor pesca sin boya
Y nunca sale de ella sin ganancia,

Y pudiera el autor sin arrogancia
Decir por lo pasado "Aquí fue Troya;

De aquellas verdes hojas que en rehenes
Cojió aquel que de Dafne ya carece,
Componiendo guirnalda variada,

Ceñireis de Silvestre ambas las sienes;
Pues con sus versos honra y engrandece
De vuestra amenidad la patria amada.

Del Alférez Lorenzo Lasso de la Vega y Cerda.

SONETO

Dorada isla de Cuba ó Fernandina,
De cuyas altas cumbres eminentes
Bajan a los arroyos rios y fuentes
El acendrado oro y plata fina;

Si el dulce canto y música divina
De aquel que vio las infernales gentes,
Las penas suspendió tan diferentes
Y movió á compasion á Proserpina,

Con cuánto más razon, isla dichosa,
Estais vos dando al orbe admiracion
Con este nuevo Homero y fértil yedra;

Pues su dulzura os hace mas famosa
Que aquella á quien la lira de Anfion
Hizo los muros de ladrillo y piedra.

ARGUMENTO.

El capitán Gilberto Giron, frances, Señor de la Ponfiera, llega con una gruesa nao á Manzanillo, puerto y jurisdiccion de Bayamo, y teniendo noticia que el Maestro Don Fray Juan de las Cabezas Altamirano, Obispo de esta Isla de Cuba, está en el hato de Yara, salta en tierra con veinte y seis soldados, y caminando de noche, prende al Obispo y al Canónigo Puebla, y los trae presos á su nao, donde rescatan al Obispo por cueros y dinero, y le dan libertad.

CANTO PRIMERO.

Canten los unos el terror y espanto
Que causó en Troya el Paladion preñado:

Celebren otros la prision y el llanto
De Angélica y el Orco (*) enamorado:
Que yo en mis versos solo escribo y canto
La prision de un Obispo consagrado:
Tan justo, tan benévolo y tan quisto
Que debe ser el sucesor de Cristo.

Don Juan Cabezas de Altamirano,
A quien el cielo con amor se inclina
Y hace que le confie el soberano
La mitra episcopal de Fernandina:
Al cual un atrevido Luterano
Temerario y osado determina
Prender, de su codicia apasionado;
Que nacen muchos males de un pecado.

De este prelado ilustre la paciencia
Con que pasó tan áspero suplicio,
La humildad sufriendo y obediencia
Con que se daba á Dios en sacrificio, (*)
He de cantar si no es atrevimiento
Subir tan alto de tan bajo asiento.

De amor diré las grandes maravillas
Que obró en el pecho de este Obispo Santo;
Pues por sus enemigos de rodillas
Rogaba a Dios con lágrimas y llanto.
Sus trabajos, angustias y manecillas
Serán adorno de mi débil canto;
Que tanto es mayor lástima el agravio
Cuanto el paciente principal ó Sabio.

Las armas cantaré con que la ofensa
Dió al ofensor la pena merecida;
Justo castigo de la mano inmensa
A una maldad tan grande y atrevida:
Que el gran señor que todo lo dispensa
Y á todos con su gloria nos convida,
Si disimula como padre amigo,
Como severo juez nos da el castigo.

(*) Probablemente el original diría "el loco enamorado" aludiendo á Orlando cuya locura por el amor á Angélica cantó Ariosto en su "Orlando furioso".

(*) Aquí faltan dos versos para completar la octava, omitidos sin duda involuntariamente por el que hizo la copia que se ha tenido presente.

Tambien diré el valor y valentía
 De veinte y cuatro milites monteros,
 Que con agilidad y bazarria
 Mostraron contra Francia sus aceros,
 Y desnudos de escudos en un dia
 Dieron la muerte a veinte y seis guerreros,
 Y un capitan illustre, grande hombre,
 Que Gilberto Giron habia por nombre.

Gregorio Ramos es de quien escribo
 Esta hazaña tan digna de memoria,
 Cuyo grande valor y pecho altivo
 Es digno siempre de alabanza y gloria:
 Porque su fuerte brazo vengativo
 Alcanzó en Manzanillo una victoria
 Tan alta, tan famosa y señalada
 Cuanta la causa fué justificada.

Cesen en Dido, basten en Priamo
 De sus ojos la liquida corriente,
 Que nuestra Troya es hoy Bayamo,
 Humeando a impulsos de traicion ardiente,
 A los mas afligidos cito y llamo,
 Y hallarán en sus penas el ambiente
 De un Obispo atribulado y santo,
 Conque es preciso mitigar el llanto.

Tiene el tercer Filipino, Rey de España,
 La insula de Cuba ó Fernandina
 En estas Indias que el oceano baña,
 Rica de perlas y de plata fina.
 Aqui del Anglia, Flandes y Bretaña
 A tomar vienen puesto en su marina
 Muchos navíos a trocar por cueros
 Sedas y paños y á llevar dineros.

Surjen aquestas naos á una playa
 Que tiene al sur, llamada Manzanillo,
 Donde Eufrosina, Erato, Clio y Aglaya
 Algun tiempo tuvieron cetro y silla.
 Mientras duró este trato dió de Acaya
 Un mal olor que inficionó su orilla:
 Y hay desde ella al Bayamo, villa sana,
 Diez leguas y una mas, por tierra llana.

Estaba a esta sazon el buen prelado
 En esta illustre villa generosa,

Abundante de frutas y ganado,
 Por sus flores alegre y deleitosa,
 Era en el mes de Abril, cuando ya el prado
 Se esmalta con el lirio y con la rosa,
 Y están Favonio y Flora en su teatro;
 Año de mil y un seis con cero y cuatro.

En este tiempo el buen obispo quiso
 Visitar las haciendas de Parada,
 Por la pía memoria que el tal hizo
 Antes que diera fin á su jornada.
 Partió el santo obispo de improviso,
 Ajeno de tener miedo de nada;
 Que no teme presente ni futuro
 El que con su quietud vive seguro.

De los prelados es costumbre antigua
 Visitar estos hatos cada año;
 Porque con su presencia se averigua
 Si malicia ó injuria le hacen daño;
 Y si hay persona dentro ó bien contigua
 Que cual polilla ruin maltrata el paño
 Le echan de la hacienda el mismo día;
 I así conservan la memoria pía.

Entre las fuertes naves que en el puerto
 De Manzanillo enarboló bandera,
 Fué la del bravo capitán Gilberto
 Francés ilustre Señor de la Ponfiera.
 Este maldito tuvo aviso cierto
 Como el pastor de Dios llegado era
 A Yara rico hato y abundante,
 Que está seis leguas de la mas distante.

Sabido aquesto, fabricó en su pecho
 Prender a nuestro ilustre Altamirano,
 Pospuesto ya el temor por su provecho
 Y armó el castigo de la eterna mano.
 Resuelto, pues á tan infando hecho
 Contra nuestro Pontífice Cristiano,
 Arma veinte y seis milites valientes,
 Poniéndoles divisas diferentes.

Y sin se detener un punto apenas
 Con arrogancia y voz luciferina,
 Estamparon los pies en las arenas
 De aquella playa de memoria dina:

Y mirando de lejos las antenas
De sus navios, dejan la marina,
Y marchan donde está el Santo Vicario
Descuidado y sin miedo del contrario.

¿Que haceis buen pastor, que ya la aurora
Deja del dulce sueño el intervalo?
Mira que te apareja antes de una hora
La mano del Señor en gran regalo;
Y la misericordia que en él mora
Dando paciencia al bueno y mano al malo,
Con admirable traza de su ciencia
Hoy quiere dar un toque a la paciencia.

Y ordena allá en su trono que sea día
Del Mártir Pedro de tu misma orden,
Para que como él á la herejía,
Castigues de Gilberto la desorden.
Vela, pastor, que viene cerca el día,
Y el enemigo va marchando en orden;
Y entiende para el daño que te viene,
Que todo aquesto su misterio tiene.

Salía ya Febo tras la bella Aurora
Dorando los hermosos chapiteles,
Y con dulce soplar Favonio y Flora,
Daban la vida á rosas y claveles,
Cuando de sobresalto y á deshora
Llegaron al asiento los infieles
De Yara, donde el buen Obispo estaba
Descuidado del mal que le esperaba.

Tocan arma, disparan arcabuces,
Apellidando á Jorge su abogado,
Y como fué el asalto entre dos luces,
No hay quien no esté afligido y espantado
Comienza el buen Obispo á hacer cruces,
Atónito del caso no pensando.
Oh, Dios que diste ciencia á Salomon,
¿Quien se podrá librar de tal traición?

Matan dos hombres que durmiendo estaban:
Golpean y hieren con gallardos bríos;
Y al riguroso estruendo que formaban
La gente recordó de los bobios:
Pero como del sueño despertaban,
Quedaron tan mortales y tan frios

Cual si fueran de marmol ó de canto,
Que el primer movimiento causa espanto.

Cual el pastor, despues de anochecido,
Habiendo antes juntado su ganado,
Del dulce sueño queda sorprendido
Y da reposo al cuerpo fatigado,
Y llega el lobo con furor crecido,
Y hallando aquel aprisco descuidado,
En él hace mortal carniceria
Sin que lo sienta hasta que llega el día.

Así nuestro pastor, cuando su gente
Tuvo en aquel asiento recojida,
Al blando sueño dió lugar decente,
Después que á Dios encomendó su vida:
Cuando el lobo Gilberto de repente
Dió en la pobre manada que dormida
Estaba, descuidado el pastor santo
Del repentino caso y mero espanto.

O, cual en la Canaria en apañadas (*)
Acechan cabras ágiles cabreros,
Que en los riscos están y en las aguadas
Despuntando la grama en sus oteros;
Y estando así pacièdo descuidadas
Dan de repente en ellas los monteros,
Y con el sobresalto que allí influyen,
Unas quedan paradas y otras huyen.

Así quedaron en la triste Yara
Los que durmiendo estaban descuidados;
Que despertando con zozobra rara,
Se vieron de enemigos rodeados;
Unos, huyeron la fortuna avara;
Otros quedaron casi desmayados:
Que el repentino estruendo y agonía
Recojió el corazón la sangre fría.

Pero despues que las pasadas penas
Dieron lugar al racional sentido,
Volvió la sangre a solidar las venas,
Y el corazón cobró el calor perdido;
Y pretendiendo allí con trazas buenas

(*) Así en la copia. Tal vez el autor escribió "O cual en las Canarias apañadas".

Ponerse a la defensa el ofendido,
Dejóse luego tan honroso nombre;
Que tarde al bien se determina el hombre.

A todo este alboroto y vocería
De esta gente sacrílega y maleada,
Nuestro ilustre Pontífice dormía,
Que casi dello nunca sintió nada:
Pero luego acudió la infantería
Con diligencia presta y mano armada,
Cercándole la casa por los lados,
Donde él y Pineola estaban desunidos.

Cuando del dulce sueño despertando
Siendo su daño cerca allí consigo,
Y oído que le estaba amenazando
El herético vil, falso enemigo,
Con grande mansedumbre y amor blando
Juzgó que era de Dios este castigo:
Y así de allí adelante el tiempo malo
Lo tuvo por amplísimo regalo.

Y viéndose desnudo en mal tan cierto,
Los gritos, el tropel, las vocerías,
Salió con una sábana cubierto,
Como aquel que echo á huir cuando el Mesías:
Y mandándole á voces Don Gilberto
Que se rindiese al fin sin mas porfías,
Se dió á prisión, sin duda el peor estado
A que puede llegar un hombre honrado.

Lo mismo sucedió á Francisco Puebla,
Canónigo de Cuba justo y bueno;
Y aun notando que el hato se despuebla,
Mas siente su trabajo que el ajeno.
El aire y cielo con sus ayes puebla
Viendo en sus desdichas el estreno;
Que es necesaria cuando así es contraria
De Dios una paciencia extraordinaria

Ahora es tiempo que me vayas dando,
Musa, una vena muy copiosa y larga,
Para que pueda celebrar llorando
Del buen Obispo la prisión amarga,
No se hubo dado á las prisiones, cuando
aquella gente de conciencia larga,
Las manos maniató al pastor doliente,

Y él las cruzó, por ser más obediente.

Quieren decir algunos que vendido
Fué, como el buen Jesus, amada prenda;
Que donde es el virtuoso conocido,
No ha de faltar un Judas que le venda:
Tambien lo fué Jesus y perseguido
De sus hermanos con mortal contienda
Después suido con alteza y gloria,
Que casi fué figura de esta historia.

Los que os quejais de la fortuna avara
Por cualquiera mediano movimiento;
Los que mostrais en público en la cara
Lo mucho que sentis un descontento,
Vení al ható tristísimo de Yara:
Vereis de un temerario atrevimiento
Atados con mil nudos apretados
Las manos que desatan los pecados.

¡Qué te quejas de amor, curioso amante,
Si tan pronto no logras tu deseo?
¡Que estas llorando, triste mercadante
Porque no te salió bien el empleo?
¡Y tu soldado altivo y arrogante,
Que tienes la soberbia por trofeo?
Juntaos para ver este prelado
A pié descalzo al sol y destocarlo.

De esta manera le llevaron preso,
Cual si fuera culpado deliniente;
Y jugando con él al poso seso,
No faltó quien le diese á mantener.
Cansado iba el pastor, mas no por eso
A piedad se movió la mala gente;
Que un obstinado corazón sin freno
Pocas veces se inclina á lo que es bueno.

Pues viendo los heréticos sayones
Que descansado el paso recobraba,
El capitan le dió dos encontrones
Con una arma de fuego que llevaba.
De esta manera fué entre dos ladrones,
Y con esta congoja caminaba,
Con fatigado y triste que pudiera
Mover á compasion á cualquier fiera

Estaba el buen Obispo tan cansado
Que dar no puede pasos adelante;
Y viendo en el camino puesta á un lado
La cruz con que Jesus salió triunfante,
Al pié de ella se puso arrodillado,
Y con contrito corazón constante,
Mientras que le dejó la gente fiera,
A hablarle comenzó de esta manera.

“Oh cruz divina, umbrosa, donde quiso
Morir mi Dios para que yo viviese;
Llave que el cielo abrió y el paraíso,
Consuelo del cuitado que padece:
Pues tanto bien en tí mi Dios no hizo
Y permitió su amor que aquí te viese
Merezca en mi favor ver lo que obras;
Que el verdadero amor se ve en las obras.

“Eterno Dios, que al Santo Daniel
Libraste del furor de los leones,
Y á Ananías Azania y Misael
Del fuego que se vieron en prisiones
Y á su querido pueblo de Israel
De ejipcios le libraste y Faraones,
Librame, buen Jesus de estas sozobras;
Que el verdadero amor se ve en las obras.

“Y como á Paulo de la mar libraste
Y á Pedro, mi pastor, de la cadena,
Y á Loth, pues de Sodoma le sacaste,
Y al profeta Jonás de la Ballena,
Te pido por las penas que pasaste
Me libres hoy de esta prisión y pena,
Pues un pastor para tu iglesia cobras;
Que el verdadero amor se ve en las obras.

“Pero si tu piedad quiere y consiente
Que tenga esta prisión por beneficio,
A todo estoy sujeto y obediente
Y como Ysaac humilde al sacrificio.
Mas acordaos, Señor, que estoy ausente
De la Iglesia mi esposa, y que mi oficio
Es enmendar, cual veis, faltas y sobras;
Y el verdadero amor se ve en las obras”.

No hubo dicho bien la ovación breve,
Cuando el hereje, pérfido maldito,

Comenzó á maltratar con mano aleve
 El rostro humilde del pastor bendito:
 Mas quien en Dios se fia y en el se atreve,
 Comenzó á predicarles lo que escrito
 Nos dejaron los cuatro del Consejo
 Que de la Ley de gracia son espejo.

Yba el pastor tan falto de resuello
 Que dar paso adelante no podía;
 Ligadas ambas manos con el cuello,
 Que á gran dolor y lástima movía:
 Mas el divino Dios, echando el sello
 De su misericordia el mismo día
 Dió traza como alli se le trajese
 Un caballo en que el príncipe subiese

Ese le trajo allí Juan de Sifuentes:
 Que como supo el caso repentino,
 Tomó la posta en busca de estas gentes
 Por socorrer al príncipe benino:
 Y con los ojos tristes hechos fuentes,
 Alcanzándole en medio del camino,
 El caballo le dió donde el prelado
 Subió afligido triste y fatigado

Y tomando las riendas en la mano
 De diestro lleva al príncipe llorando,
 Y con gran libertad al luterano
 Le reprende un caso tan infando.
 Mostró Sifuentes como buen Cristiano
 Su generoso pecho y amor blando,
 Y ser en su valor entre estas gentes
 Hijo de Juan Rodriguez de Sifuentes.

Pero la vil canalla, cuando vieron
 Puesto a caballo al príncipe cristiano,
 Un francés á las ancas le subieron
 Porque no se les fuese de las manos
 De esta manera caminando fueron
 Hasta poner el pié en el Oceano,
 Que se embarcaron todos en la orilla
 Que forma en sus arenas Manzanillo.

Embravecióse el mar en aquel punto
 Como sentido de la humana afrenta,
 Y con el viento hizo contrapunto,
 Tan triste como suele en gran tormenta.

Todos mostraron la color difunta;
Que el miedo de morir y dar la cuenta
Hace mudar al hombre los intentos,
Y mejora la vida y pensamientos.

Luego por todo el reino de Neptuno
La fama publicó caso tan feo;
El cual con Thétis, Palemon, Portuno
Glauco, Atamantes, Doris y Nereo,
Y las demás deidades de consuno
Phereos, Salacia, Brontes, y Proteo,
Las focas y Nereidas en concierto
Llegaron á la nave de Gilberto.

Y condolidas del obispo santo,
Le ofrecen su favor con mano armada:
Mas el con la humildad que puede tanto,
No quiso en su defensa aceptar nada!
Antes con la oracion mezclada en llanto,
Aunque ve su persona maltratada,
A su venganza misma pone freno
Oh, cuanto puede la virtud del bueno!

Entre las naos que allí tomaron puerto
Fué una de Pompilia el Italiano;
El cual luego que supo el caso cierto
Del ilustre pastor Altamirano,
Sentido del agravio y desconcierto,
Como hombre principal y buen cristiano
Fué á ver al buen obispo, y de rodillas
Bañó con grande pena sus mejillas.

Lo mismo Jaques hizo su pariente,
Con mucha devocion y cortesia,
Que al fin aunque en la mar y entre ruin gente.
Nunca esconderse pudo la hidalguía.
Tratan de su rescate largamente,
Y ofrécenle su hacienda y mercadería,
Que aquel que tiene hidalgos pensamientos
Con obras mide sus ofrecimientos.

Recibió el obispo gran consuelo,
Y con un tierno amor de padre pío,
Con ambas manos los alzó del suelo,
Si puede haberlo dentro de un navio:
Y agradeciendo de ambos el buen celo,
Puso su libertad en su albedrio:

Que el hombre noble y de alta cortesía
Aun de quien no conoce se confía.

Al fin se concertaron en mil cueros
Por el rescate del pastor benino,
Y doscientos ducados en dineros,
Cien arrobas de carne y de tocino,
Sin otras cosas para los guerreros
Que en Yara hicieron tan loco desatino;
Que esto del dar allana inconvenientes
Y ablanda á todo genero de gentes.

Pompilio y Jaques fueron los fiadores
De que sería la paga sin tardanza:
Pero nunca quisieron los traidores,
Que el ruín jamás de nadie hace confianza:
Y así los dos amigos valedores,
Por no poner en riesgo mi balanza
Del pastor la persona de sus bienes
Dos mil ducados dieron en rehenes.

Con esto, y con que quede a buena guerra
Con ellos puebla á vez sus desvarios,
Al generoso obispo echan en tierra
Con salva general de los navios.
Estaba ya la gente de la tierra
Esperando en los arboles sombríos
Al bendito pastor que ya venia
Llorando de contento y alegría.

Da las gracias á Jaques y á Pompilio,
Y de ellos se desvota tiernamente:
Ofréceles su casa y domicilio
Y cuanto puede su familia y gente
Ellos, que ven abierto el codicillo
De voluntad tan grata y endente,
Las manos le besaron de rodillas,
Y el pastor humedece sus mejillas.

Y estampados los pies en las arenas
Vido de sus ovejas el rebaño:
Llora con ellas sus pasadas penas,
Y ellas lloran con él su grave daño.
Anudan con mil grillos y catenas
Su recíproco amor con desengaño
Quedan ellas alegres y él contento.
Oh cuanto puede un dulce parlamento!

Estaba el buen obispo muy sentido
De las pobres ovejas de esta villa;
Porque del triste caso sucedido
Pensó que tenían culpa no sencilla:
Mas viéndolas delante conmovido
Del natural amor con que se humilla,
No solo no mostró queja ninguna,
Pero las abrazó de una en una.

Así como el pastor pisó de Yara
Las verdes yerbas y esmaltadas flores,
Alegres ojos y contenta cara
Mostró de allí adelante á sus dolores.
Fué desecando la fortuna avara
El pasado trabajo y sinsabores,
Y así recuperó sin demasia
El gusto, la salud y la alegría

Saliendo a recibir con regocijo
De aquellos montes por allí cercanos,
Todos los Semierabos del cortijo,
Los Sátiros, los Faunos y Silvanos,
Unos le llaman padre y otros hijo;
Y alegres de rodillas, con sus manos
Le ofrecen frutas con graciosos ritos,
Guanábanas, Gegiras, y Caimitos.

Vinieron de los pastos las napias
Y al hombre trae cada una un pisitarcó
Y entre cada tres de ellas dos bateas
De flores olorosas de naraco.
De los prados que cercan las aldeas
Vienen cargadas de mehi y tabaco,
Mameyes, piñas, tunas y aguacates,
Plátanos y Mamones y tomates.

Bajaron de los árboles en nagnas
Las bellas amadriadades hermosas
Con frutas de signapes y macaguas
Y muchas pitajayas olorosas
De virijí cargadas y de jaguas
Salieron de los bosques cuatro Diosas,
Driadas de valor y fundamento
Que dieron al pastor grande contento.

De arroyos y de rios á gran prisa
 Salen nayades puras cristalinas
 Con mucho jaguará, dejao y lisa
 Camarones, viajacas y guabinas:
 Y mostrando al pastor con gozo y risa
 De las aguas mil cosas peregrinas,
 Se le ofrecieron y con gran prudencia
 Le hizo cada cual la reverencia.

Luego sin detenerse un punto apenas
 Vienen efedriades de las fuentes,
 Y con mil diferencias de verbenas
 Coronadas las sienes y las frentes,
 Esparcen por el aire las melenas
 Más que el oro de Arabia relucientes;
 Y con plática dulce y regalada
 Se dan el parabien de su llegada.

Luego de los estanques del contorno
 Vienen las lunoniades tan hermosas
 Que casi en el donaire y rico adorno
 Pudieran parecer celestes diosas;
 Y por regaladisimo soborno
 Le traen al buen obispo, entre otras cosas,
 De aquellas hico teas de Masabo
 Que no las tengo y siempre las alabo.

Centauros y silvestres Sagitarios
 Vienen saltando por el verde llano,
 Diciendo á gritos con acentos varios
 ¡Viva nuestro pastor Altamirano!
 Mil géneros de caza extraordinarios
 Colgando traen del cinto y de la mano;
 Y en rudo frasis cual mejor supieron
 La bienvenida al buen obispo dieron.

Las hermosas oréades dejando
 El gobierno de selvas y montañas;
 A Yara van alegres y cazando
 Como suelen diversas alimañas
 Y riendo al santo principe, humillando
 Su condicion y abiertas sus entrañas,
 Le ofrecieron con muchas cortesias
 Muchas iguanas, patos y jutias.

Después que la silvestre compañía
 Hizo al santo pastor su acatamiento,
 Y cada cual le dió lo que traía
 Con amor, voluntad, gozo y contento,
 Al son de una templada sinfonía,
 Flautas, zampoñas, y rabeles ciento
 Delante del pastor iban danzando,
 Mil mudanzas haciendo y vueltas dando.

Era cosa de ver las ninfas bellas
 Coronadas de varias laureolas,
 Y aquellos semicrapos junto á ellas
 Haciendo diferentes cabriolas,
 Danzan con los centauros las más bellas
 Y otros de dos en dos cantan á solas
 Suenan marugas, alboques tamboriles
 Tipinaguas y adufes ministriles.

De esta manera el príncipe cristiano
 Llegó de Yara al sitio deleitoso,
 A donde con vista de aquel llano
 Dió a cuerpo fatigado algun reposo,
 Aqui le dejaremos bueno y sano,
 En tanto que el buen Ramos, deseoso
 De vengar la prision de su prelado,
 Recoje los monteros de aquel prado.

CANTO SEGUNDO.

ARGUMENTO

El Capitan Gregorio Ramos junta veinte y cuatro hombres de los que halló en los hatos comarcanos a Yara, y con ellos va á Manzanillo, y vence en batalla campal al Capitan Gilberto Giron, frances, y trae su cabeza al Bayamo.

Valientes caballeros que en Bretaña,
 Flandes, Ytalia y otras cien mil partes,
 En honras de Filipo, rey de España
 Enarbolais banderas y estandartes;
 Los que en acometer cualquier hazaña
 Sois en el nuevo mundo muchos Martes,
 A todos os convido a oír mi canto
 Lleno de admiracion, valor y espanto.

Atras os dije ya como quedaba
 Libre el obispo y en su domicilio,

A donde del rescate se trataba
 A que quedaron Jaques y Pompilio,
 El cual á toda prisa se entregaba
 A los de aquel herético concilio;
 Que no hay mayor dolor para un discreto
 Como deber á ruines sin respeto.

En tanto que la paga se hacía
 El buen Gregorio Ramos de quien canto,
 En su discreto pecho proponía
 Vengar la injuria del obispo Santo,
 Y por no dilatar para otro día
 Esta hazaña que importaba tanto
 Dió parte de ella al valeroso hispano
 Al ilustre pastor Altamirano.

Y ambos á dos y un principal vecino,
 Jacome Milanés, se resolvieron
 De hacer una emboscada en el camino
 Con los amigos que juntar pudieron;
 Y Antonio de Tamayo se previno,
 Y en la entrada del monte se pusieron,
 Con órden que no deje, aunque dé el nombre
 Pasar de Manzanillo á ningun hombre.

Y los tres, cada cual por su vereda,
 Partieron a los hatos comarcanos,
 A, buscar entre matas y arboleda
 Quien tomase las armas en las manos:
 Y juntando de pronto en una rueda
 Veinte y cuatro valientes insulanos,
 Digo, de aquellos que en el fértil prado
 Acometen al toro más picado;

Con esta valerosa compañía
 Parten á Yara, principal asiento,
 Donde llegaron al romper el día
 Cuando Timbrea deja su aposento,
 Aquí llenos de amor y de alegría,
 Le declararon al pastor su intento;
 Prometiéndoles todos por muy cierto
 Traerle la cabeza de Gilberto.

El buen obispo hizo sus protestas
 Les rogó a todos con humilde pecho:
 Con las solemnidades del derecho,
 Y que dejasen tales presupuestos

Mas ellos que animosos y dispuestos
Estaban al heroico y alto hecho,
No aceptan las razones de que usa;
Que la resolucion no admite escusa.

Luego el valiente Ramos deseoso
De dar de su valor al mundo muestra,
Con un gallardo espíritu brioso
De sus pocos soldados hizo muestra.
Yba delante el capitan famoso
Con su espada en la cinta y en la diestra
Una lanza que cuasi competía
Con la famosa de oro de Argalia.

Jacome Milanés que donde quiera
Pudiera parecer con su alabarda,
Pasó y por morrion una montera
De paño azul con una pluma parda.
El bravo portuges Miguel de Herrera
Con un gran botafogo y espingarda
Pasó, mostrando como fuerte roble
El valor grande de su stirpe noble.

Gonzalo que de Lapos y Mejía
La fama ilustra y su valor sustenta,
Pasó, con una punta que tenía
Para librarse de cualquier afrenta;
Y á su lado con él Martín Garcia
Con un chuzo escojido entre cincuenta,
Con su pluma de gallo en el sombrero
Más galan que Reinaldos ni Rujero.

Pasó Gaspar Mejía que las minas
Descubrió en lo alto de la sierra,
Con una espada corta de las finas
Que hizo Sagunto para astuta guerra.
Con mil plumas de aves peregrinas
Mostró su bizzarria el buen Juan Guerra,
Con un puñal dorada la manzana,
Y al hombro una valiente partesana.

De los Reyes Gaspar, el narigudo,
Pasó con una cota milanese,
Y en el brazo derecho por escudo
Un manatí partida la cabeza.
Luego Gaspar Rodríguez el membrudo
Pasó con galan brío y gentileza,

Y gran machete en el cinton pendiente
Que pudiera temerle el más valiente.

Diego con Baltasar de Lorenzana
Pasaron cada uno con su punta,
Gallardos más que el sol por la mañana
Cuando sale galan y agua barrunta
Pisando con furor la tierra llana
Donde antes habia estado con su yunta
Pasó Pedro Belgara el de los grillos,
Con su aguijada al hombro y dos cuchillos.

Con arrogante talle pasó tieso
Bartolomé Rodriguez el valiente,
Con espada y broquel barceloueso
Y de la cinta un gran puñal pendiente
Luego pasó con gravedad y peso
Un mancebo galan de amor doliente,
Criollo del Bayamo que en la lista
Se llamó y escribió Miguel Batista.

Hernando con Antonio de Tamayo,
Cada uno con su lanza y su cuchillo
Pasaban galantes cual florido Mayo
De rojo, verde, blanco y amarillo
Luego en otra hilera como un rayo,
Con el color de pálido membrillo
Pasó Miguel hasta la fin sujeto
De Luis de Salas provisor discreto.

Pasó con galan brlo denodado
El bravo Juan Merchan dando mil saltos,
Con un vestido todo ensangrentado
De cañamazo fino de tres altos,
Y armado de un herron bien amolado
Mostró al pastor sus pensamientos altos:
Y luego, con un gran templón que trujo,
Pasó Gaspar el flaco de Araujo.

De Canarias Palacios y Medina
Pasen armados de machete y dardo,
Juan Gomez con punta fina,
Y Rodrigo Martín indió gallardo.
Cuatro etiopes de color de endrina;
Y por la retaguardia, aunque no tardo,
Va Melchor Perez con aguda punta
Que con su amago hiere y descoyunta.

De esta manera el capitán valiente
 De sus pocos soldados hizo alarde;
 Y aunque falto de armas y de gente
 Por verse en la ocasión suspira y arde;
 Porque según se dice comunmente
 Si se pierde una vez se cobra tarde;
 Y es muy de cuerdo y de la edad madura
 No perder ocasión ni coyuntura.

Luego en un punto el escuadrón cristiano
 Pide la bendición al pastor santo:
 Él se la hecha y bésanle la mano
 No sin tristeza, lágrimas y llanto.
 Miden de Yara el espacioso llano
 Hasta llegar donde desean tanto,
 Y dieron vista a la famosa orilla
 Del puerto principal de Manzanillo,

Así como la playa divisaron
 Donde fué de Gilberto la ruina,
 Un negrito criollo despacharon
 Con tocinos y carne á la marina:
 Y luego con secreto se emboscaron
 Con la arboleda allí circunvecina,
 Donde el buen Ramos, puesto en cabecera,
 A hablarles comenzó de esta manera.

“Amigos que con armas y aparato
 En aquesta ocasión venis conmigo,
 A vengar el agravio y desacato
 Que á nuestro obispo hizo el enemigo;
 Pues es notorio á todos su mal trato
 Digno de pena y ejemplar castigo,
 Buen tiempo y ocasión es la de ahora;
 Que en buen morir cualquier afrenta dora.

“Estos herejes son los que al prelado
 Trataron de la suerte que habeis visto,
 Sin mirar que era obispo consagrado
 Y vicario del mismo Jesucristo.
 El quiere paguen hoy su gran pecado
 Con ejemplar castigo nunca visto.
 Animo ¡A la batalla que ya es hora!
 Que un buen morir cualquier afrenta dora.

“Y pues Dios quiere que por nuestra mano
 Se castigue tan grande atrevimiento,

Démosle gracias, escuadron cristiano,
Que nos toma el Señor por instrumento.
Conozca hoy el buen Altamirano
De nuestros corazones el intento
Con el heron y punta vengadora :
Que un buen morir cualquier afrenta dora.

“El impetu francés que habeis oído
No es más de la primer arremetida ;
Y en oyendo de España el apellido
Con tan solo la voz va de vencida.
Esta causa es de Dios: si él es servido
Que le sacrifiquemos nuestra vida
¿Qué mejor ocasion que la de ahora?
Que un buen morir enalquier afrenta dora.”

En este tiempo ya el negrilla habia
Dicho á los marineros en el puerto,
Que no les podía dar lo que traia
Si no saltaba en tierra Don Gilberto:
Que así se lo mandó su Señoría.
Sin haber tal les afirmó por cierto:
Y que Puebla con él tambien saltara,
Para que los tocinos le entregara.

Dijéronle á Gilberto todo el caso ;
Pero como soberbio y arrogante,
Hizo de todo ello poco caso
Mostrando gran valor en el semblante:
Y con las fuerzas de su diestro brazo
Tira un batel y baja en un instante ;
Con veinte y seis infantes bien armados
De los más atrevidos y estimados.

Saltan en tierra con gallardo brio ;
Pisan soberbios la menuda arena ;
Disparan balas por el aire frio,
Cual si en su patria fuesen, no en la agena.
Puebla, que ve su mucho desvario,
Que en tierra esta con ellos no sin pena,
Lo que ha de suceder imaginando,
Por donde tiene de huir está mirando.

Mientras que el enemigo en las orillas
De aquellas playas se gallardiaba,
Nuestro escuadron hincado de rodillas
Con grande devocion orando estaba,

Hasta que ya de las etéreas sillas,
 El victorioso fin que se esperaba
 Salió conformidad de su esperanza.
 Oh, cuanto la oracion puede y alcanza!

En esto, cual leones tras de gamos,
 Salen los nuestros tras de la montaña;
 Y en la delantera el buen Gregorio Ramos,
 Diciendo "Santiago cierra España"!
 Y van cubiertos de los verdes ramos
 Con que la Dafne triste se acompaña
 Después que de corteza fué cubierta;
 Cual si tuviesen la victoria cierta.

No hubo Gilberto visto nuestra gente,
 Cuando cortado de un temor helado
 Quedó, cual suele en caso de repente.
 Dejar á un hombre atónito y turbado:
 Pero volviendo en si como valiente,
 El semblante encendido y colorado,
 Con la espada en la mano obraba cosas
 Tan llenas de valor como espantosas.

Acométense entrambos escuadrones
 Con tanto impetu y braveza,
 Quando se embisten por llevar la presa.
 Cual suelen los fortisimos leones
 Tienen nuestros Isleños sus herrones;
 Muestra el frances su mucha fortaleza,
 Con tanto estruendo, grito y voceria
 Que parecia que el mundo se hundía.

Andaba Miguel López de Herrera
 Con más furor que el iracundo Marte,
 Matando y deshaciendo de manera
 Que solo á él se rindió la mayor parte.
 Miguel Baptista andaba de carrera
 Mostrando de valor esfuerzo y arte
 Con Gonzalo de Logos el valiente,
 Honor y gloria de su ilustre gente

Jacome Milanés menudas piezas
 De franceses va haciendo con su espada,
 Rompiendo brazos piernas y cabezas
 Con que tiene la playa ensangrentada.
 No mostró menos brio y fortaleza
 Medina con su punta acicalada:

Y el buen Merchan, con su herron fornido,
Vuelve á teñir de nuevo su vestido.

Mostró su gran valor Martín García
Con su escogido chuzo y barba cana.
Lo mismo hizo allí Gaspar Mejía;
Y el buen Diego y Francisco Lorenzana.
Dió Melchor Perez de su gran valía
A todo el mundo muestra soberana;
Y hundiendo con sus golpes mar y tierra
Se señalaron Reyes y Juan Guerra.

Bartolomé Rodriguez como rayo,
Mata, hiere destroza y atropella,
Y el Hernando y Antonio de Tamayo
Muestran su gran valor y buena estrella:
Y como del acero al duro ensayo
Aborta el pedernal una centella,
Salió el bravo Palacios como un trueno,
De sangre del frances todo lleno.

Dos Gaspares, Rodriguez y Araujos,
Y otro del mismo nombre Lorenzana,
A su obediencia cada cual condujo
Gran parte de la gente Interana.
Juan Gómez con los indios que allí trujo,
Su valor demostraba esa mañana;
Y los cuatro etiofes esforzados
Hicieron el deber como soldados.

Miguel del Provisor no está parado;
Que con su punta valerosamente
Tiene todo aquel suelo ensangrentado
De sangre aleva de francesa gente.
Oh, Luis de Salas, Provisor honrado!
Benévolo, cortés sabio y prudente!
Que hasta tus esclavos en la tierra
Sirven á Dios y al Rey en paz y en guerra.

Viendo ya de la nao la batería
Y de su gente el daño manifiesto,
Dieron en disparar la artillería:
Mas fué sin fundamento todo esto:
Porque nuestro escuadron con bizarría
Apretando los puños, echó el resto,
Dando de su valor pruebas tan altas
Que quererlas pintar será con faltas.

Los franceses no menos animosos,
 Conservan el valor y valentía
 De aquellos doce pares tan famosos
 Que tanto eternizaron su valía:
 Rompen, y golpean, hieren muy furiosos,
 Con tan grande valor y tal porfía,
 Que estuvo la victoria conocida
 En mucha duda y casi ya perdida.

Tambien el valeroso Don Gilberto
 Muestra su gran valor y fortaleza,
 Y como capitán sabio y esperto
 Acude a donde ve mayor flaqueza;
 Y viendo su escuadrón ya sin concierto
 Y que va desagrandando á toda prisa,
 Así por animarlos los regala,
 Que la necesidad todo lo iguala.

“Caros amigos, dulces compañeros,
 De lo mejor de Francia procedidos
 Acordaos que Reinaldo y Oliveros
 Primero fueron muertos que vencidos.
 Mostrad como valientes caballeros
 El gran valor que os hace conocidos,
 Haciendo en esta gente cruel matanza,
 Que con la vida al fin todo se alcanza.

“Estos que veis cargados de herrones,
 Con el vestido todo ensangrentado,
 No es de matar tigres ni leones,
 Que no los hay aquí ni lo han usado:
 Ni son de aquellos fuertes campeones
 Que ocupan de Belona el diestro lado.
 Mueran a fuego y sangre sin tardanza;
 Que con la vida al fin todo se alcanza.

“Acordaos de la Patria deseada
 Y de nuestros amigos y parientes.
 Y de la dulce vida regalada
 Que en ellas pasan hoy todas las gentes;
 Si á vida tan suave y regalada
 Quereis volver obrad como valientes;
 Sin que perdais un punto la esperanza;
 Que con la vida al fin todo se alcanza.

“Si salís con victoria de este hecho,
 Hareis eterno nuestro nombre y fama;

Y demás de la honra y el provecho
 Con que os convida la ocasion
 De nuestro ilustre y generoso pecho
 Se verá el resplandor y clara llama
 Usando del valor contra la lanza;
 Que con la vida al fin todo se alcanza''.

De esta manera triste y afligido,
 Animaba Gilberto á sus soldados;
 Que quien en un trabajo está metido
 Tienta para salir todos los vados;
 Y con igual furor nunca vencido,
 De que son los franceses alabados,
 Hicieron mil bazañas de memoria,
 Dignas de eterno nombre fama y gloria.

Andaba entre los nuestros diligentes
 Un etiope digno de alabanza,
 Llamado Salvador negro valiente,
 De los que tiene Yara en su labranza;
 Hijo de Golomon, viejo prudente:
 El cual armado de machete y lanza,
 Cuando vido á Gilberto andar brioso,
 Arremete contra él cual leon furioso.

Don Gilberto que vido al etiope,
 Se puso luego á punto de batalla:
 Y se encontraron; mas quedó del golpe
 Desnudo el negro y el francés con malla.
 Oh, tú divina diosa Caliope,
 Permite, y tú bella ninfa Aglaya,
 Que pueda dibujar la pluma mía
 De este negro el valor y valentía.

Anda Don Gilberto ya cansado,
 Y ofendido de un negro con vergüenza:
 Que las más veces vemos que un pesado
 Al hombre trae á lo que nunca piensa:
 Y viéndole el buen negro desmayado,
 Sin que perdiese punto en su defensa,
 Hízose afuera y le apuntó derecho
 Metiéndole la lanza por el pecho.

Mas no la hubo sacado cuando al punto
 El alma se salió por esta herida,
 Dejando el cuerpo pálido y difunto,
 Pagando las maldades que hizo en vida.

Luego uno de los nuestros que allí junto
 Estaba con la mano prevenida,
 Le corta la cabeza, y con tal gloria
 A voces aclamaron la victoria.

Oh, Salvador eriollo, negro honrado!
 Vuelve tu fama y nunca se consuma;
 Que en alabanza de tan buen soldado
 Es bien que no se cansen lengua y pluma.
 Y no porque te doy este dictado,
 Ningun mordaz entienda ni presuma
 Que es afición que tengo en lo que escribo
 A un negro esclavo y sin razón cautivo.

Y tú, claro Bayamo peregrino,
 Ostenta ese blason que te engrandece;
 Y á este etiope de memoria dino,
 Dale la libertad pues la merece.
 De las arenas en tu río divino
 El palido metal que te enriquece
 Saca, y ahorra antes que el vulgo hable,
 A Salvador el negro memorable.

Huye el francés aprisa a la Marina
 Y dentro el mar se arroja y abandona:
 Pero aun ahí los halla mas aina
 La muerte, que á ninguno lo perdona.
 Van en su alcance Reyes y Medina,
 Y los demás sin exceptuar persona,
 Y en el agna les dan la muerte á nado,
 Que se puede decir "maté ahogado".

Parten en un batel por el mar largo
 Cuatro franceses con ligera priesa,
 Que de la muerte fiera el trago amargo
 Al mas valiente quita la braveza;
 Pero Miguel Baptista como un pargo
 A nado se arrojó tras de la presa
 Y detuvo el batel en la bahía
 Con muy grande valor y valentía.

Salen en su socorro á melo y nado
 Merchan y Melchor Pérez el brioso,
 Y Manso el negro pero buen soldado,
 Con su hermano que es valiente mozo;
 Llegan a donde estaba aquel pescado;
 Y cada cual soberbio y animoso.

Tirando muchos tajos y reveses,
Rindieron el batel con los franceses.

En esto un español que por su suerte
Viene por tango-manga del navío,
Se hecha a nado huyendo de la muerte,
Que el miedo solo para huir da brio
Mas Pedro de Vergara varon fuerte,
Que fvió del español el desvario,
Tras él se arroja al agua y alcanzolo,
Y á cuchilladas lo rindió y matólo.

Escapáronse cuatro renegados
Que mal heridos por el mar huyeron;
;Los cuales á su nao ya llegados,
Las tristes nuevas de su suerte dieron.
Aquí murieron todos los soldados
Que en la prision del buen obispo fueron;
Que así castiga Dios los atrevidos
Que ponen mano ó lengua en sus ungidos.

Un indio de los nuestros solamente
Murió de una herida penetrante;
Sin que hubiese mas daño en nuestra gente
En victoria tan grande e importante.
Luego nuestro escuadron viendo presente
A su buen Ramos, con amor constante,
En hombros de dos indios le levantan,
Y á grandes voces la victoria cantan.

De esta manera parten sin concierto
A Yara, donde tienen su esperanza,
Llevando la cabeza de Gilberto
Enclavada en la punta de una lanza.
Llegan al deseado y dulce puerto
Donde está del obispo la bonanza;
El cual, con el amor que á todos gana,
Los sale á recibir á la sabana.

“Bendito sea el que viene” iba diciendo,
Y ellos “Te Deum laudamus” le responden;
Y así todos hablando y repitiendo,
De su entrañable amor nada le esconden
Híneanse de rodillas; y pidiendo
Las manos consagradas, corresponden
Como hijos de bien á la obediencia,
Y él como padre muestra su clemencia.

Levantólos del suelo prestamente;
 Y con la suavidad de su buen pecho,
 A todos los abraza reverente
 Y da las gracias del heroico hecho;
 No pudieron sufrir este accidente
 El amor y placer, porque era estrecho;
 Haciendo que llevasen á porfias
 Los ojos del pastor lagrimas frias.

Alzóse el buen pastor con la victoria
 Por ser en honra de la fe cristiana:
 Pero tambien sintió pena notoria
 Del fin amargo de esta gente vana.
 Y con deseo grande de su gloria,
 Por ella rogó a Dios de buena gana;
 Imitando a Jesus que en la cruz poesto,
 Rogó por los que alli le tenian puesto.

Luego nuestra vistosa infantería,
 Coronada de flores y de ramos,
 Marchan para el Bayamo en compañía
 De aquel noble caudillo que alabamos.
 Con ellos va tambien su señoría,
 Que como con su vista nos honramos
 Recibió gran placer toda la gente
 De que fuese con ellos prontamente.

¡Quien pudiera decirnos cuan contentos
 Yba el obispo y todos los soldados;
 Las gracias que se dan y ofrecimientos
 De personas de honra y de dictados!
 Hacen de la batalla largos cuentos,
 De hechos y sucesos no pensados;
 Que el alegría tras de suerte amarga
 Suele ser habladora y manilarga.

De esta manera van por el camino
 Contando cuentos, haciendo grandes fiestas;
 Que donde ven al Juez recto y benino,
 Estas son las demandas y respuestas.
 Llegan al venturoso rio divino
 Donde Bayamo tiene sus florestas;
 Y ellas con el placer de haber llegado,
 Gustan contentas su licor sagrado.

Sale de sus cavernas de uvas lleno
 El venerable aspecto entre pescados,

El ansioso Bayamo y el Ameno
 Márgen admira lleno de soldados.
 Mira del Sucesor del Nazareno
 El rostro grave y ojos recatados;
 Y alegre de lo ver en su ribera,
 A hablarle comenzó de esta manera;

“Pastor ilustre de este suelo amparo,
 A quien el cielo estima, precia, honra,
 Cuyo cristiano pecho y valor raro
 Al mismo Dios agrada y enamora.
 Bienvenido seais al nido caro,
 Cual vino al arca el ave triunfadora;
 Pues en vos resplandecen con grandeza
 Sinceridad, quietud, amor nobleza.

“Hasta en mis venas y cabernas frías
 De vuestras gracias se sintió el ausencia:
 Secáronse las fuentes más sombrías;
 Los ojos dieron al llorar licencia
 Volviéndole en dolor las alegrías.
 Mas ya, noble Señor, nuestra presencia
 Nos muestra desterrando la tristeza,
 Sinceridad, quietud, amor nobleza.

“Ahora brotarán todas las flores
 Con que se matizan mis orillas;
 Cantarán sin dolor los ruiseñores;
 Gilgeros, pentasillos y abobillas;
 Abundarán los frutos en mejores;
 Alegraránse todas estas villas;
 Y en vos verán con santidad y alteza
 Sinceridad, quietud, amor, nobleza.

“Como suele después de la tormenta
 Venir con alegría la bonanza,
 Y la gente de triste y descontenta
 Volver su desconsuelo en confianza;
 Así pues para todos nuestra afrenta,
 Que se volvió en contento y esperanza
 Viéndoos en libertad, y en vos espresa
 Sinceridad, quietud, amor, nobleza.”

No dijo mas; y al punto con ruido
 Se sumerjó en las aguas cristalinas,
 Dejando al buen obispo suspendido
 De su estrañeza y partes peregrinas.

Nuestro fuerte escuadron que notó y vido
Del anciano Bayamo las divinas
Razones, rostro y talle de contento,
Entran, cruzando el líquido elemento.

Hacen guirnaldas de sus vanas flores
Blancas, azules, rojas y moradas;
Y como valerosos vencedores,
Ciñen sus cienes con rason houradas,
En esto ya el Cabildo y Regidores,
Con las demás personas señaladas,
Los frailes todos y la clerecia,
Los salió a recibir con alegría.

Encuentranse con ellos en Managua,
Ameno sitio, rico de labranzas,
Donde al corto camino ponen tregua
Mientras duran abrazos y alabanzas.
Luego caminan la pequeña legua
Con músicos a coro y mudanzas,
Hasta que todos vieron del Bayamo
El ameno lugar que tanto amo.

Iba delante el capitan esperto
Representando un Marte fiero armado;
Llevando la cabeza de Gilberto
Un paje en un puñal ensangrentado;
Y luego en sus hileras en concierto
El valeroso ejércitopreciado;
Y por la retaguardia las coronas
Del sacro obispo y las demás personas.

Con esta majestad y este aparato
Entró Gregorio Ramos en la Villa,
Dando al lugar un súbito relato
De contento, placer y maravilla:
Y por ser al Señor en todo grato,
Fué al templo de la Virgen sin mancilla,
Y dió las gracias á la madre é hijo
De la nueva victoria y regocijo.

Estaba aperebido ya en la iglesia
Blas López, sacristan de aquella villa,
A quien todo el Bayamo estima y aprecia
Como á Guerrero la sin par Sevilla;
Y con la dulce voz de que se precia,
Con los cantores de su gran capilla

A este motete dió principio y gracia
Cual el famoso músico de Tracia.

MOTETE.

La paciencia y la humildad
Hoy muestran su magestad
Y á Ramos le dan la gloria
De tan famosa victoria.

La divina omnipotencia
Para regalar al justo,
Le suele dar un disgusto
Para probar su paciencia
Del prelado la inocencia
El cielo nos demostró;
Y don Gilberto pagó
Su tiranía y violencia
Ay, Dios ¡y que gran bondad!
La paciencia y la humildad, &

Lleváronlo maniatado
Los heréticos sayones,
Dándole mil empellones,
Y con un cordel ligado
De allí salió mas honrado,
Que el humilde es bien que suba,
¡Dichosa la Isla de Cuba,
Que goza de tal prelado!
Publiquese su bondad
La paciencia y la humildad, &

Ramos capitán famoso
Al buen obispo vengó,
Y á los franceses mató
Como fuerte y animoso
Un hecho tan milagroso
Publique siempre la fama;
Y á la luz de clara llama
Nuestro siglo venturoso
Publicando su bondad,
La paciencia y la humildad
Hoy muestran su magestad;
Y á Ramos le dan la gloria
De tan famosa victoria.

Y andando por las calles un paseo
Llegaron a la plaza dedicada,
Donde en un alto palo el rostro feo
Pusieron de aquella alma desdichada
Aquesto hecho se acabó el trofeo
De victoria tan alta y señalada:
Y yo tambien doy fin á aquesta historia,
Digna de eterno nombre, fama y gloria.
